

Eterna errancia *

JAIME ALEJANDRO RODRIGUEZ

Apenas si en su memoria sacudida por golpes
espantosos quedan tres o cuatro imágenes de
la totalidad que alcanzó a ser ...

¿Por qué tanta aglomeración en la que no sé
distinguir la verdad del recuerdo, los nombres
de las presencias?

PERSIO

Tal vez, si te quedaras un poco más, escucharías sus rezos y sus lágrimas y también el asma terrible de sus sueños. Pero no lo haces, Ivón, ya no puedes hacerlo, pequeña; estás condenada a recorrer pasillos, a desandar tus pasos, a revisar infinitamente lo ocurrido.

A veces, sentada allí, bajo la gruta que forma el envés de la escalera en su quiebre, la ves pasar; _Karina, cuerpo, cabello, instante certero_ hacia las habitaciones del segundo piso; y, tras ella, ves a Marcela, resignada, como un Sísifo a cuidar la abuela enferma. Las imágenes son quizás

* (Hace parte del libro de cuentos "Album", premiado como obra ganadora en el concurso nacional de cuento José María Vergara y Vergara", 1994, convocado por el Instituto Distrital de Cultura.

menos coloridas ahora, pero ahí están, vivas aún, como si el tiempo las hubiera atrapado en su infinidad y se complaciera con rociarles gotas de olvido en las mañanas. A veces lo haces, Ivón, te atormentas recordando el día interrumpido...

En realidad, Karina era una presencia tan familiar para ti que tal vez por eso aquella tarde, aquella primera tarde, no te sorprendiste al verla en tu cama, dócil e indefensa como un niño, impregnada de una materia que no era simplemente la de tus sueños; así habías imaginado que debía ser el ingreso de Karina a la realidad, su nacimiento... Corriste a revelar el prodigio a Marcela, pero resolviste callar por temor a que la abuela _esa presencia ubicua, maligna, pesada_ se enterase y alejara de ti la perfecta oportunidad de tener una amiga (al fin una amiga, dijiste, eso dijiste), o una compañera en aquella (esta) casa fría y triste donde vivías desde la muerte de tus padres. Ivón, pequeña, estabas feliz, eso recuerdas, estabas feliz. Así que entraste al cuarto y te quedaste junto a ella, decididamente dichosa. Una imagen nítida y fresca que ahora se estrella, violenta, contra el arrecife de tu pecho: cerraste la puerta con cuidado, arrimaste la silla del escritorio a la cabecera de la cama, te sentaste para observarla sin molestias, varias veces acariciaste sus cabellos lacios y besaste su rostro, arreglaste las cobijas para proteger su cuerpo de los helajes del invierno y velaste su sueño, absorta, hasta cuando escuchaste el llamado ronco desde el comedor de la planta baja.

Sabías cuánto molestaban a la abuela los pretextos que tú inventabas para retrasar la cena; aun así, te quedaste un rato más en la alcoba _indecisa, vacilante_ porque tuviste miedo de que, al despertar, Karina, asustada por la extraña condición de su nuevo elemento, huyera de la pieza. Pero no te atreviste tampoco a convocarla. Bajaste por fin las escaleras y desde el relleno escuchaste ese "apúrese Ivón, hija, cuánta demora" de siempre y pudiste imaginar también el involuntario borbotón de espuma blanca con que la abuela contenía sus regaños más terribles. No te sorprendió el gesto de amargura de la abuela, pero advertirse, en cambio, una especie de temor, alguna preocupación, oculta e incomprensible, atravesando el rostro de Marcela; y te inquietaste, además, por la inhabitual negativa de tu hermana de responder a tus miradas. Tuviste que cenar _lo recuerdas tan bien_ atragantada por esa sensación de culpa o de daño que te invadía cada vez que ellas, pero especialmente Marcela, restringía su trato hacia ti y se tornaban taciturnas y sombrías como entonces; misterios de adulto.

Estabas retirando la loza del comedor, dispuesta a cumplir con tu oficio designado, y Marcela (aún la ves hacer lo mismo sin pronunciar palabra, consolada en un porvenir sin esperanzas) ya levantaba a la abuela de su silla de ruedas para llevarla hasta su pieza, cuando escuchaste un leve chirriar de la puerta de tu alcoba. Alarmada, miraste a Marcela y sentiste, por primera vez, gotas de sudor bajo tus axilas, como la punzada de un cuchillo; casi sueltas la bandeja, pero te sosegó la marcha indiferente de tu hermana y supiste (cómo imaginar lo contrario) que no la había oído, ni ella ni mucho menos la anciana. Lavaste los platos sin la parsimonia sedante de otros días y te dirigiste, primero a la habitación, luego al baño y a los pasillos, pero no pudiste hallar a Karina por ningún lado. Desconcertada, irrumpiste en el cuarto de Marcela con la intención de descubrirle el secreto, pero ella se demoró atendiendo sus deberes, así que volviste a tu pieza, tranquilizaste tu ánimo ante el pequeño altar y esperaste el sueño, cierva acorralada.

No es fácil aceptar que todo aquello estaba cargado ya de tanta irrealidad. Es cierto que ahora la memoria de los hechos es confusa y a menudo absurda, pues sólo han quedado impresionados los momentos especiales y lo demás flote ininteligible; también es cierto que esas tres o cuatro imágenes claras que aún conserva tu memoria de lo sucedido en casa, no necesariamente son las más importantes; hay destellos, voces que de pronto escuchas, como si quisieran acompañar tu soledad, percepciones que te llenan de emoción dudosa, como relámpagos de luz que se esfuman al instante. Así que también es difícil juzgar el grado de verdad (si el problema es éste, la verdad, la demostración de unos hechos que han perdido su ubicación y absoluto en el tiempo) que hay en tus recuerdos.

En efecto, Karina había encarnado; y fue sorprendente la manera como se adaptó no sólo a la estrecha realidad de la vieja casa _donde no había podido moverse más que la abuela sino también a la de una vida normal y corriente. Al comienzo, recién llegada del sueño (de ese sueño sagrado y reparador al regreso del colegio), Karina permanecía en la alcoba y conversaba contigo, ansiosa, brillante, con el apetito de quien desea conocerlo todo de un solo bocado. Charla que se prolongaba hasta la misma hora inalterable de la cena. Pero muy pronto (demasiado pronto, pero ¿cómo precisar entonces el tiempo, atrapada como estabas en tus dimensiones?), Karina empezó a zafarse del control de tus sueños y ya no era extraño que te acompañase al colegio, o que caminase contigo el

regreso a casa; su presencia reemplazó tus amarguras.

¿Todo ocurrió tan rápido? ¿No es posible, más bien, que tu reciente perspectiva haya otorgado esa impresión de celeridad a tus recuerdos? Quizás tu memoria recorta pedazos insignificantes y ahora, precisamente ahora, que han tomado tu mente, esas imágenes se desencadenan sin ninguna lógica pero con la nitidez del último chispazo. Todo ocurrió muy rápido; puedes pensar eso si así te consuelas.

Recuerdas la voz de Marcela: "Ivón, pequeña, debemos prepararnos para lo peor, creo que la abuela está muy grave", el día que preguntaste por su ausencia intempestiva en el comedor. Si escucharas con la atención del comienzo, con la desesperación de los primeros días, oirías las plegarias de Marcela y tal vez comprenderías mejor su desdicha. Cierto es que entonces, como ahora, te invadía una compasión insoportable, no tanto por el destino de una vida como la suya, ya decidida, sino por la temible y siempre latente posibilidad de reconocer en ella el sacrificio resignado que te favorecía.

No estabas, en todo caso, preparada para semejantes reflexiones: Karina colmaba toda tu atención y poco te importó la suerte de las dos mujeres. En realidad te aventuraste con ella a las calles, sólo para evadir esa atmósfera funesta que se apoderó de toda la casa cuando la abuela se enfermó sin ningún preaviso.

Karina aprendió también a tomarse libertades. Ahora iba y venía de tus sueños en forma caprichosa. Ya no se limitaba a esperarte en la alcoba. A veces la veías deambular por las calles muy segura de sí. Le gustaba jugar a las escondidas en los cuartos y recovecos de la casa. Comenzó también a hacerte bromas. Son cosas que has querido olvidar y por eso no sabes si antes o después, cómo vino una tras otra. El día que se presentó en casa, por ejemplo, pidiendo hospedaje como cualquier pasajero, creíste que había llegado al colmo. Pero, más osada aún, se atrevió a visitar la abuela sólo para probarte que también la anciana podía apreciarla. _Pero no lo hagas, por favor, no; _¿por qué no? No seas tonta, Ivón, ella no se dará cuenta, ¿no me has dicho acaso que es casi una ciega? Sí claro, casi una ciega... como tú ahora, Ivón, casi ciega. ¿Eso es lo que has creído? ¿Son tus ojos? O ¿son las imágenes?... Cómo saberlo en estas dimensiones divergentes que ni siquiera incluyen la división del día y de

la noche. ¿Recuerdas? Claro que sí, Ivón, claro que sí lo recuerdas. Durante el día Karina se hacía inmanejable; mientras en el colegio tú sufrías por su suerte, ella cometía sus actos temerarios, cada vez más hambrienta de realidad; pero las noches seguirán teniendo ese mismo sabor ordinario del retorno.

Después de las cenas, Marcela (¿no te molesta pronunciar su nombre? ¿No sientes una especie de cosquilleo en tu garganta? ¿Cuando piensas en ella no crees que su vida ha sido otra forma de morir?), se quedaba en la primera planta con la abuela. Karina te acosaba, anhelaba por saltar de nuevo al sueño, pues aún necesitaba de esa energía que da para vivir el ser soñado; pero tú tardabas en dormir (algunas veces viste a Karina desconcertada, impotente, rabiosa, porque tú no le dabas gusto, Karina...), pues te complacía esperar el ascenso penoso de Marcela y escuchar sus pasos, su lento desvestirse; te imaginabas su desnudez madura y su cansancio; oías su voz al rezar las oraciones y, con el susurro final, a la entrada de tus sueños, te dormías por fin; imagen de sus ojos bellos pegada a tu inconsciencia.

Sólo que un día abrió el cuarto todavía disponible del segundo piso y lo preparó para trasladar allí a la abuela. No supiste nunca por qué ella aplazó después por tanto tiempo el traslado de las cosas. Tal vez la abuela se mejoraba por épocas o quizá se resistía (sí, mejor eso) se resistía al cambio. No era raro que entonces Karina no apareciera en todo el día; que ni siquiera soñaras con ella durante las noches. Y cuando quisiste (¿arrepentida?, ¿horrorizada?) averiguar por la real condición de la abuela, Marcela no dejó que lo supieras: "No te preocupes por ella, piensa más bien arreglar lo tuyo, yo me encargo", fueron sus únicas palabras. Caíste en el desconsuelo. También recuerdas que una noche (es quizá la última memoria cristalina de los hechos) exhaustiva, te tendiste en la cama a la llegada del colegio y dormiste profunda y aliviada hasta la hora de la cena. Te despertó el llamado ronco de la abuela, como en los viejos tiempos, y bajaste. Desde el descanso oíste voces, te pareció también escuchar risas (tal vez, si te quedaras un poco más...). Al entrar, el espectáculo te paralizó; hallaste a Karina sentada en el sitio de la mesa que generalmente tú ocupabas; avanzaste temblando y escuchaste que ambas (la anciana y tu hermana) la llamaban por el nombre que tú creías secreto; te sentaste sin ninguna explicación y contemplaste aquella cena extraña (matizada como nunca por las sonrisas improbables de Marcela). La

abuela conversaba _alegre, fluida_ con la advenediza, mientras ella, con un cinismo que juzgaste confabulado, se congraciaba con las dos mujeres y despreciaba, al igual que ellas, tu presencia...

Con todas tus fuerzas deseaste por primera vez la muerte.

Dicen que al morir, el mundo que hemos habitado se deshace y entramos en su espacio con dimensiones diferentes, o que perdemos toda nuestra capacidad de percibir como hasta entonces y ganamos, en cambio, otras cualidades al principio incontrolables. También dicen que todo aquello que hemos conocido como vida es apenas el segmento infinitesimal de un estado más amplio, conformado por la suma de vidas parciales y diferentes, o que, tras desmayos prolongados, podemos, a veces sin darnos cuenta, retornar a la misma vida. Cualquiera de estas experiencias destruyen la absoluta _pero sólo aparente_ seguridad de nuestra existencia. Dicen, por último, que vivir es otra forma de ir muriendo.

La imagen vaga de aquellos días, trota como un caballo desbocado en tu memoria.

Karina se instaló definitivamente en casa, justo en la alcoba que Marcela había preparado para la abuela, mientras ella _que recuperaba milagrosamente_ siguió viviendo en la planta baja. La casa se colmó de un humor ajeno y repugnante a tus sentidos; una especie de alegría violenta, de euforia loca, que tus tres mujeres derrochaban sin piedad.

Aunque siempre estaban listos los cuatro puestos en el comedor, aunque el cuarto permanecía abierto y arreglado, aunque la pensión del colegio era pagada puntualmente a pesar de esa normalidad aparente _que hacía aún más fastidiosa la situación_ tu papel en la casa se redujo a estar al lado de ellas.

Soportaste todo y te defendiste, pero la realidad te ganó poco a poco. Dejaste de ir al colegio; fue el primer paso. Después comenzaste a dormir a deshora, cada vez más tiempo. Por último, renunciaste a comer y no volviste a las cenas. Pasaste varios días encerrada en una habitación que ya nadie abría, que ya nadie aseaba, enferma, agonizante. Tu cuerpo se agotó y perdiste después la voz (una voz que de todos modos ya no servía para nada, pues nadie escuchaba tus gritos). La percepción de los sonidos

fue tu último contacto con el mundo. Durante muchos días, aún escuchaste la marcha diaria de las horas; el arreglo de Karina en las mañanas, su despedida del colegio, las labores de Marcela, los regaños y chocheras de la abuela; en las tardes, el tejido resignado de las dos mujeres, las gotas de lluvia sobre el zinc del tejado, el regreso de Karina, su siesta, su cambio de ropa, su descenso al comedor, las charlas y las risas, los avatares de Marcela, los ronquidos de la abuela (y, tal vez, si te quedaras...).

Pero también esa percepción se fue perdiendo y entonces, cuando escuchaste el último sonido, descubriste otras sensaciones, como si el mundo se hubiera quebrado en ese momento. Sensación de algo que no son los colores pero hierde como la luz, de algo que pudiendo ser olor es otra cosa, de algo que se abre sin ser tocado, que se escucha sin ser oído. Algo que se agrupa, ahí, delante de ti, como lo hacen los recuerdos, pero que no pertenece al tiempo.

Ahora estás en casa sin estar, habitando los intersticios del olvido. Tal vez por eso, la gruta bajo la escalera _ese lugar oscuro, indeseado, de clausura permanente_ es tu mejor refugio. Ivón, pequeña, quizás por eso (sí, debe ser eso), ni Karina, ni Marcela se atreven jamás a abrir esta puerta. Debe ser por eso, querida que, a veces, cuando nadie la escucha, mientras las otras rezan o lloran o se asfixian en sus sueños (tal vez, si tu...) la abuela se arrastra desde la alcoba hasta la gruta... y te acompaña.